

Capitalismo y subjetividad en las obras de León Rozitchner y Anselm Jappe¹

Capitalism and subjectivity in León Rozitchner and Anselm Jappe's works

Joaquín Alfieri²

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras
Argentina

Fecha de recepción: 31-12-2019

Fecha de aceptación: 20-02-2020

Resumen

El presente trabajo se propone indagar en las teorías de León Rozitchner y Anselm Jappe con la finalidad de articular un diálogo fructífero para comprender el complejo vínculo entre la materialidad social y la constitución del campo subjetivo. La hipótesis y la finalidad del trabajo se centran en el intento por enriquecer cada una de las posiciones filosóficas a partir de la intersección y el entrecruzamiento entre una y otra, desarrollando como principal labor hermenéutica la recuperación de insumos teóricos provenientes de una teoría para fortalecer a la otra y superar posibles inconvenientes existentes en cada una de ellas.

Palabras clave: subjetividad; capitalismo; marxismo; psicoanálisis; fetichismo.

Abstract

This paper intends to inquire into León Rozitchner and Anselm Jappe's theories with the purpose of articulating an useful dialogue to understand the complex link between social materiality and the constitution of the subjectivity field. The hypothesis and the purpose of this paper focus on the attempt to enrich each of these philosophical positions parting from the intersection between one and the other. It is hoped that this can be developed into a hermeneutical tool for the recovery of theoretical inputs from one of these theories to strengthen one another and overcome possible problems arising from the other.

Keywords: subjectivity; capitalism; Marxism; psychoanalysis; fetishism

¹ El presente artículo es una versión ampliada y corregida de un trabajo presentado en el XIX Congreso Nacional de Filosofía, realizado en la ciudad de Mar del Plata en diciembre de 2019.

² Licenciado en Filosofía, Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: alfierijoaquin@gmail.com.

Introducción

Un diálogo imaginario entre dos autores que no se conocieron y no han incursionado en sus producciones filosóficas, solo puede encontrar su condición de posibilidad en una sorprendente afinidad entre ambas posiciones. En efecto, los pensamientos de León Rozitchner y Anselm Jappe constelan alrededor de una misma y central preocupación: el modo en que se interrelacionan la materialidad de lo social y la constitución del campo subjetivo. Tanto en el autor argentino como en el filósofo alemán, sus producciones filosóficas intentan otorgar cifras de inteligibilidad que permitan describir y explicar los principales mecanismos y dispositivos de los que se vale el poder político y el sistema capitalista de producción para constituir subjetividades serviles, impotentes y reproductoras de una lógica social introyectada. Nuestro principal objetivo no consiste en establecer un diálogo imaginario con una intención meramente descriptiva basada en analogías, comparaciones y conexiones que permitan trazar paralelismos entre un autor y otro. Si bien esta tarea se torna necesaria, creemos que resulta al mismo tiempo insuficiente. La hipótesis y la finalidad del trabajo se centran en el intento por enriquecer cada una de las posiciones filosóficas a partir de la intersección y el entrecruzamiento entre una y otra, desarrollando como principal labor hermenéutica la recuperación de insumos teóricos provenientes de una teoría para fortalecer y superar posibles inconvenientes existentes en la otra.

Para llevar a cabo nuestra tarea nos concentraremos en el período freudomarxista de León Rozitchner, desarrollado entre 1972 y mediados de la década del 80; centrándonos principalmente en sus dos obras más importantes en dicho período: *Freud y los límites del individualismo burgués* (2013) [1972] y *Freud y el problema del poder* (2003) [1982]. En el caso de Anselm Jappe, nos dedicaremos al análisis de su último libro: *La sociedad autófaga* (2019) [2017]. El recorte interpretativo del período freudomarxista en la obra de Rozitchner se encuentra justificado por la recuperación en ambos autores de algunas categorías centrales del psicoanálisis freudiano para comprender y desarrollar la forma en que el poder político coloniza el campo subjetivo. Del mismo modo, privilegiaremos el estudio de *La sociedad autófaga* dentro de la obra de Jappe ya que profundiza los desarrollos pertenecientes a *Las aventuras de la mercancía* (2016) [2003], en donde su análisis se encuentra mayoritariamente centrado en redefinir las coordenadas teóricas del marxismo desde la teoría crítica del valor, pero

sin ahondar demasiado en la noción de “sujeto” como un elemento ineludible en dicha redefinición.

Nuestra hipótesis inicial sostiene dos premisas básicas: por un lado, observamos en la teorización de Jappe una lectura superadora respecto a la de Rozitchner en torno a las principales categorías con las que piensa el sistema de producción capitalista; por el otro, existe en el autor alemán una derivación apresurada de la forma-valor hacia la forma-sujeto que puede ser repensada y reelaborada a partir de algunas categorías rozitchnerianas, con el fin de enriquecer y profundizar ambos corpus teóricos.

En definitiva, creemos que ambas producciones filosóficas resultan indispensables para toda elaboración centrada en el complejo y conflictivo vínculo entre el campo objetivo y el ámbito subjetivo, ya que significan un diálogo fructífero entre la teoría marxista y el psicoanálisis freudiano que permite enriquecer y otorgar una síntesis sofisticada entre ambos.

León Rozitchner y la colonización del campo subjetivo

El período freudomarxista en la obra del autor argentino, sin lugar a dudas, representa el segmento más importante de su producción teórica. Es allí donde Rozitchner logra profundizar y complejizar una serie de intuiciones filosóficas presentes en sus textos juveniles a partir de las categorías que extrae de la teoría freudiana. La reinterpretación heterodoxa que lleva a cabo el autor argentino sobre la obra de Freud le permite desarrollar una conceptualización acerca de los múltiples dispositivos que encuentra el poder político para producir subjetividades adecuadas a su lógica de reproducción social. De esta manera, Rozitchner se encarga de elaborar una crítica hacia el marxismo tradicional por no haber producido una teoría apropiada acerca de la subjetividad. Al definir al capitalismo como un sistema productor no solo de mercancías sino principalmente de subjetividades, el autor argentino se distancia de toda lectura “economicista” y estructuralista del marxismo. En efecto, la producción rozitchneriana concentra sus esfuerzos en elaborar una teoría adecuada para comprender la articulación existente entre la materialidad del campo social y la producción de subjetividades. Y las categorías provenientes del psicoanálisis freudiano son la clave hermenéutica para desarrollar esta ausencia significativa que observa en el marxismo tradicional:

Creemos que es Freud quien ilumina ese punto ciego personal y social para el marxismo, que ya había determinado previamente su lugar. La insistencia en el problema del sujeto, punto ciego en el marxismo político, sólo se valida en la misma medida en que se lo niega, pues constituye uno de los extremos de la dialéctica histórica, sin el cual la significación de la revolución se pierde (Rozitchner, 2013: 28).

Los principales enemigos teóricos de Rozitchner durante su etapa freudomarxista fueron tanto el psicoanálisis lacaniano (definido por el autor argentino como un psicoanálisis de orientación burguesa), como el estructuralismo althusseriano. En su libro *Freud y los límites del individualismo burgués* critica la concepción estructuralista del sujeto como un mero reflejo o residuo de una serie de relaciones objetivas y trascendentes, para proponer al individuo como un índice de verdad histórica, un espacio donde se elabora un tránsito que verifica la injerencia del campo social en lo más personal del sujeto. Es decir, para Rozitchner no resulta suficiente establecer descriptivamente las condiciones materiales de existencia de cada particular, sino que se trata de observar la manera en que cada uno/a se constituye como un verificador de esas relaciones. Como bien señala Emiliano Exposto: “El sujeto rozitchneriano se conforma en el cruce histórico y material entre lo subjetivo y lo objetivo” (2015: 66). Según Rozitchner, este cambio de perspectiva resulta indispensable para comprender la falta de eficacia de cualquier proyecto político emancipatorio que no observe la dificultad existente en el intento por establecer una disputa contra un marco social que nos produce en sus propios índices de realidad.

Existen en la elaboración rozitchneriana dos insumos teóricos centrales para articular aquella dialéctica entre lo social y lo subjetivo: por un lado, la noción de “distancia”; por el otro, la categoría de “transacción”. Con respecto a la primera, Rozitchner define las condiciones específicas en que el sistema capitalista de producción inaugura dos distancias en la formación del sujeto: por un lado, una “distancia interior” que conlleva experimentar todo deseo como una infracción; por el otro, una “distancia exterior” que impide a los individuos referirse de forma coherente a la totalidad concreta que los constituye. Es decir, la individualidad capitalista se encuentra al mismo tiempo cercada por un campo pulsional amenazante (acallado por una cultura represora que lo condena al status de lo irracional) como por una exterioridad ajena, en donde el marco social y la alteridad se encuentran eyectados de la comprensión que cada sujeto posee de su experiencia vital. El sujeto está colonizado en

Revista Argentina de Ciencia Política | Vol. 1 | Núm. 24 | pp. 101-121 | Alfieri, J. 104

su más absoluta singularidad por el medio en la organización de su cuerpo pulsional y en su referencia al universo social. Según el autor argentino, la materialidad social abre en el individuo estas distancias a través de la utilización del complejo parental edípico como un “método cultural de dominio” social (Rozitchner, 2013: 265), en donde aparece la segunda categoría central mencionada, esto es: la noción de transacción. Para Rozitchner la forma-sujeto capitalista (individualista y burguesa) es el resultado de una lucha previa (imaginaria e infantil) que el individuo ha desarrollado en su devenir existencial y que tiene como corolario una solución de compromiso sintomática que lo habilita a ser como un sujeto adecuado al marco social. En efecto, las primeras experiencias vitales se encuentran definidas por un enfrentamiento que determinará la inclusión del individuo en el aparato social. La prohibición del incesto lleva al niño a fantasear una disputa a muerte por el deseo no compartido ni autorizado, en donde se impone la forma imaginaria de un duelo (puesto que la correlación de fuerzas entre el adulto y el infante se encuentra claramente definida), actualizando una forma de identificación pretérita en donde el niño se asemeja al padre y le aplica la misma agresión con la que éste lo amenazaba:

Este desenlace, donde el padre es muerto por el niño en su subjetividad implica la aparición de un segundo momento. Si bien el niño odia al padre rival y amenazador, sin embargo también lo ama. (...) El niño, por amor al padre, y luego de haberle dado muerte imaginariamente (pero para él va a ser real) vuelve a darle vida al padre muerto en su subjetividad. (...) La ley absoluta que descansa así sobre la angustia de muerte organizará la lógica de la conciencia y el tránsito de todo deseo que quiera prolongarse hasta la realidad (Rozitchner, 2003: 40).

De esta manera, el complejo de Edipo deja como resultado la instauración del superyó como instancia psíquica y como forma de dominio impersonal e inconsciente en cada individuo. A partir de esta solución individual, infantil e imaginaria el poder político despliega y reproduce su dominio en el ámbito real, adulto y colectivo. La constitución subjetiva de cada particular implica necesariamente la interiorización de las formas y las categorías del sistema histórico de producción, ya que la lectura rozitchneriana no se detiene en el núcleo familiar para desarrollar una comprensión del drama edípico, sino que lo extiende al campo social como un modo de subjetivación universal. En efecto, los significados del núcleo familiar se encuentran definidos por una historicidad específica de la forma externa del sistema social y político. La regulación del deseo en cada individuo (encarnada en primera instancia en las figuras

parentales) solo puede encontrar su comprensión definitiva en el marco objetivo que modela dichas figuras. Se impone por lo tanto la ley del Otro, las marcas de la alteridad configurando la organización corporal y afectiva de cada individuo, arrojado a una servidumbre involuntaria producto de una transacción infantil que lo habilitó a ser: “De aquí en más, desde el nacimiento en adelante, la relación del sujeto con el mundo transitará por las marcas que ha dejado en el inconsciente la relación con el ‘Otro’” (Volnovich, 2015: 172). Por lo tanto, ya no será necesaria la silueta sensible amenazante y exterior, puesto que la modalidad subjetiva imperante supone necesariamente una satisfacción en la adecuación a la realidad.

Desde nuestra perspectiva, esta caracterización rozitchneriana presenta dos problemas específicos: por un lado, destacamos una problemática ya detectada por Omar Acha (2018) respecto a la existencia en Rozitchner de una exaltación del deseo como un elemento “positivo” coartado por la cultura, que presentaría ciertos inconvenientes frente a la crítica de la “hipótesis represiva” desarrollada por Michel Foucault en el primer tomo de *Historia de la sexualidad* (2007) [1976]; por el otro, apoyándonos en la lectura realizada por Elsa Drucaroff (2016; 2018) establecemos que la interpretación rozitchneriana se desarrolla desde una matriz de inteligibilidad falocéntrica, en donde toda constitución subjetiva es leída a partir de la conformación identitaria masculina.

En el caso de la primera problemática señalada, nuestra lectura observa una moralización del deseo, entendido por Rozitchner como un campo inmanente acallado por una cultura represora que impide su despliegue. Esta visión se desprende de una interpretación biologicista del psicoanálisis freudiano, en donde el autor argentino postula una inmanencia “instintiva” que puja por su aparición, la cual se traduciría en la formulación de un ordenamiento social que posibilita el goce y el reencuentro de los cuerpos con esa inmanencia reprimida por la materialidad del campo social. Esta lectura no logra dar cuenta con precisión acerca de los mecanismos plurales por los cuales se ejerce el poder, ni tampoco observa al deseo mismo como una producción específica del campo cultural. En efecto, creemos que en el sistema capitalista de producción la ley no reprime al deseo, sino que lo instituye de una manera ambivalente. Se exige el goce a través de diferentes imperativos de auto valorización, pero al mismo tiempo se lo inhibe y se lo fija de manera repetitiva en la forma-mercancía como única posibilidad de ser. La “liberación” y proliferación de múltiples canales de expresión con respecto a lo

sexual (las redes sociales, los medios masivos, publicitarios, académicos, etc.) dan cuenta del carácter aparente que obtiene la unilateralidad rozitchneriana con respecto al aspecto represivo del poder. El desafío en todo caso consiste en encontrar una explicación adecuada que permita sortear una aparente contradicción: cómo es posible que el deseo haya sido “liberado”, pero no obstante la sujeción y el sometimiento de los particulares continúe de forma renovada.

Por otra parte, encontramos en la filosofía rozitchneriana una matriz de inteligibilidad falocéntrica heredada del propio psicoanálisis freudiano. Como hemos visto, cuando Rozitchner se propone indagar acerca de los dispositivos actuantes en la conformación de sujetos capitalistas, propone la triangulación edípica masculina como el modo de subjetivación privilegiado. La formación de la instancia superyoica como la primera institución despótica en el seno del individuo solo encuentra su genealogía en el devenir existencial del infante masculino. Por lo tanto, creemos que la filosofía política rozitchneriana se desarrolla en los términos exclusivos de una comunidad de varones castrados, que obtura toda posible interpretación que aparezca por fuera de los límites estrechos de las identidades masculinas (además de producir una igualación entre varones e identidad masculina). Desde nuestra perspectiva, el motivo de esta lectura restringida se produce porque la incorporación rozitchneriana del psicoanálisis freudiano se desarrolla de forma acrítica e incompleta. Acrítica, porque en el caso del propio Freud observamos una matriz de inteligibilidad falocéntrica en donde la constitución de la identidad masculina funciona como parámetro privilegiado para leer otros modos de subjetivación. Incompleta, porque la lectura de Rozitchner no toma en cuenta aquellos espacios textuales donde el propio Freud se expresó al respecto. El problema se profundiza si uno intenta realizar esta ampliación para complementar la lectura rozitchneriana, puesto que en Freud la formación de la instancia superyoica sufre algún tipo de “menoscabo” en el desarrollo vital femenino:

El complejo de Edipo del varoncito, dentro del cual anhela a su madre y querría eliminar a su padre como rival, se desarrolla desde luego a partir de la fase de su sexualidad fálica. Ahora bien, la amenaza de castración lo constriñe a abandonar esta postura. Bajo la impresión del peligro de perder el pene, el complejo de Edipo es abandonado, reprimido, en el caso más normal radicalmente destruido, y se instaura como heredero un severo superyó. Lo que acontece en la niña es casi lo contrario. El complejo de castración prepara al complejo de Edipo en vez de destruirlo; por el influjo de la envidia del pene, la niña es expulsada de la ligazón-

madre y desemboca en la situación edípica como en un puerto. Ausente la angustia de castración, falta el motivo principal que había esforzado al varoncito a superar el complejo de Edipo. (...) En tales constelaciones tiene que sufrir menoscabo la formación del superyó, no puede alcanzar la fuerza y la independencia que le confieren su significatividad cultural y... las feministas no escucharán de buen grado si uno señala las consecuencias de este factor para el carácter femenino medio (Freud, 1991: 120).

Por lo tanto, introducir dentro de la lectura de Rozitchner los desarrollos freudianos respecto al complejo edípico femenino implicaría el abandono de su filosofía, puesto que quedaríamos entrampados en una dicotomía: o bien las identidades femeninas –o cualquier identidad que rompa con el esquema binario– serían las encargadas de producir una praxis revolucionaria, ya que se encuentran por fuera de la regulación superyoica; o bien deberíamos renunciar a dar una explicación coherente de la forma en que se constituyen sujetos sostenedores y reproductores de su propia servidumbre por fuera de las identidades masculinas. Ambas consecuencias implican el rechazo total de la filosofía rozitchneriana ya que, o se encuentra imposibilitada del análisis y la caracterización del activo político privilegiado para la construcción de una praxis política alternativa, o queda relegada a ser una teoría con un esquema teórico que resulta al mismo tiempo tan reducido como deficiente.

Ciertamente nuestra lectura acerca de la matriz de inteligibilidad falocéntrica presente en Rozitchner se encuentra restringida al período de elaboración freudomarxista o psicoanalítico que transcurre entre 1970 y 1985. En su producción tardía, el autor argentino desarrolla una incorporación diversa del psicoanálisis, en donde se crítica el carácter patriarcal y restringido del Edipo freudiano, generando algunos desplazamientos significativos con respecto las deudas teóricas presentes en su filosofía con respecto a Freud. Como señala Omar Acha respecto al “materialismo ensoñado” y a la etapa final de la obra de Rozitchner: “(...) su pensamiento se ha autonomizado de las previas deudas con Freud y Marx. No es que tales nombres y textos hayan devenido irrelevantes para su reflexión: por el contrario, son insumos para una original filosofía del sujeto” (2015: 77) Al momento de elaborar un “materialismo ensoñado” en su último período de producción, el esquema que hemos analizado y criticado sufre una serie de modificaciones que deberían ser reexaminadas para observar en qué medida el problema que hemos señalado persiste o no al interior de la elaboración rozitchneriana.

En lo que sigue intentaremos abordar la filosofía de Anselm Jappe para observar en qué medida algunos de sus postulados nos permiten superar los inconvenientes señalados en la filosofía rozitchneriana.

Anselm Jappe y el paradigma narcisista-fetichista

Para comprender el pensamiento de Anselm Jappe resulta necesario realizar una breve introducción al interior de la “Teoría crítica del valor”. Esta corriente contemporánea del marxismo, que tiene entre sus máximos exponentes a Robert Kurz y Moishe Postone, ha intentado producir una lectura novedosa respecto a la teoría del valor elaborada por Karl Marx en *El Capital* (1867). Su diagnóstico principal reside en postular que el capitalismo se encuentra en una crisis terminal, producto de la imposibilidad para continuar transformando el trabajo vivo en valor. Este límite inmanente, que se traduce en la incapacidad para seguir produciendo beneficios, tiene como último paliativo al capital financiero, en donde el movimiento contradictorio de la lógica capitalista permite observar la manera en que su triunfo es al mismo tiempo su derrota. Ahora bien, esta crisis terminal del capitalismo no implica necesariamente el postulado de un acontecimiento revolucionario inminente; por el contrario, para los pensadores pertenecientes a la teoría crítica del valor la historia se encuentra abierta a la contingencia, y la desaparición del capitalismo no tiene como traducción inmediata una organización social con un contenido emancipatorio.

El principal punto de distinción entre la teoría crítica del valor y el marxismo “tradicional” consiste en que la nueva escuela desarrolla su lectura del funcionamiento del capitalismo a partir de sus categorías fundamentales (trabajo, valor, mercancía y dinero) y no desde la lucha de clases:

Hay que criticar la centralidad del concepto de “lucha de clases” en el análisis del capitalismo. El papel de las clases es más bien una consecuencia de su lugar en la acumulación del valor como proceso anónimo; las clases no están en su origen. La injusticia social no es lo que convierte al capitalismo en históricamente único: ya existía mucho antes. Son el trabajo abstracto y el dinero que lo representa los que han creado una sociedad enteramente nueva en la que los actores, incluso los “dominantes”, son esencialmente los ejecutores de una lógica que los supera (Jappe, 2019: 309-310).

Las categorías fundamentales de la sociedad capitalista son las que posibilitan formas de dominio impersonales y abstractas, en donde los particulares resultan

ejecutores de una lógica ciega de valorización que se autonomiza y actúa a espaldas de su voluntad consciente. Por lo tanto, la teoría crítica del valor propone una impugnación crítico-negativa a la producción capitalista en sí misma y no a sus procesos de distribución: “Lo específico del capitalismo es que no es sólo un modo de producción, sino que desde sus categorías básicas constituye la subjetividad y la objetividad en las sociedades modernas, así como la praxis social y las formas de conciencia individual” (Maiso y Maura, 2014: 271). Es decir, al postular al Capital como el Sujeto automático que rige el funcionamiento del ordenamiento social se comprende que no basta con liquidar la opresión de una clase sobre otra, sino que resulta necesario destruir el nexo social capitalista asentado en las categorías de valor y trabajo, y que esta crítica debe realizarse de forma inmanente a las condiciones emancipatorias que posibilita y al mismo tiempo obtura el sistema, sin recurrir a una exterioridad ajena a la propia lógica del Capital. En palabras de Facundo Nahuel Martín: “(...) la teoría crítica de la sociedad puede reinterpretarse y continuarse a partir de una lectura históricamente autorreflexiva sobre las mutaciones en las formas del nexo social acaecidas con el surgimiento del capitalismo” (2019: 21).

Esta recuperación de una parte olvidada y negada del legado marxista por parte de sus continuadores se traduce en una crítica al valor como síntesis social universalizada. Es decir, concebir que la especificidad histórica del capitalismo consiste en la universalización (como tendencia totalizante y no como totalidad consumada) y subsunción de todo vínculo social a la forma-mercancía. Por lo tanto, el análisis que desarrollaría Marx en *El Capital* consistiría en una crítica radical de aquellas categorías fundamentales del capitalismo, ya no desde un aspecto transhistórico, sino comprendiéndolas como invenciones propias de la modernidad que articulan diferentes grados o tipos de dominio:

Por eso hay que distinguir dos niveles de “dominación”: por un lado, la dominación bien conocida de ciertos grupos sociales sobre otros (...) por el otro, tras esa dominación visible, la dominación de las estructuras impersonales sobre la sociedad entera. Esta dominación ejercida por el valor, el trabajo, el dinero y la mercancía es más difícil de identificar. Para describirla, Marx recurrió a términos que suenan misteriosos, como “sujeto automático” o “fetichismo de la mercancía”. Toda sociedad fetichista es una sociedad cuyos miembros siguen reglas que son el resultado inconsciente de sus propias acciones pero que se presentan como

potencias exteriores y superiores a los hombres, y en la que el sujeto no es más que el simple ejecutor de las leyes fetichistas (Jappe, 2019: 25-26).

Ahora bien, a partir de este marco teórico Jappe realiza una labor intelectual no desarrollada por ninguno de los pensadores de la teoría crítica del valor, esto es: deducir de la forma-mercancía como síntesis social, la forma-sujeto constituida por el nexo capitalista. Esta derivación de una forma a otra estará asentada en la existencia de un isomorfismo entre ellas, ya que según Jappe ambas son “diferentes aspectos de un mismo proceso” (2019: 33). Tanto la noción de sujeto, como el trabajo abstracto, el fetichismo de la mercancía y el Estado son invenciones propias de la modernidad que representan un corte radical con respecto a cualquier otra formación social precedente. La ruptura consiste principalmente en la desaparición de las viejas relaciones feudales sostenidas en la dependencia directa y constituidas por el nacimiento de cada individuo, para dar lugar a una paulatina democratización y universalización de la forma-sujeto que posibilita procesos de dominio impersonales y abstractos, en donde cada individuo queda subordinado a una serie de imperativos anónimos que lo constituyen como un reproductor de la lógica social.

El autor alemán define como característica fundamental del isomorfismo el paradigma narcisista-fetichista de la modalidad subjetiva capitalista. Según su lectura, el narcisismo como forma de ser generalizada constituye la otra cara del fetichismo de la mercancía. Esto supone dos movimientos específicos para evitar equívocos: por un lado, alejarse de la concepción vulgar que define al narcisista como un individuo que profesa un amor desmedido por sí mismo, para ubicarlo como un estadio arcaico del aparato psíquico definido por la imposibilidad de producir verdaderas relaciones objetuales; por el otro, recuperar la distinción freudiana entre el narcisismo primario (como un elemento constitutivo y necesario, primera identificación en el devenir existencial de cualquier ser humano) y el secundario (como una formación patológica que aqueja cada vez a una mayor cantidad de individuos producidos por el capitalismo):

Lo que se ha comprendido mejor después de Freud –porque el fenómeno mismo ha aumentado significativamente– es el importante lugar que ocupa el narcisismo secundario en la vida psíquica, también y sobre todo en sus formas menos fáciles de detectar. El narcisista no mantiene más que pseudorrelaciones con las otras personas y con los “objetos” (...). En su inconsciente, no reconoce la existencia de objetos fuera de sí mismo; los vive como partes de su yo (Jappe, 2019: 108).

El paradigma narcisista-fetichista de la subjetividad condena al individuo a una dialéctica contradictoria entre la impotencia y la omnipotencia de su ser, exacerbado por la masividad y la invasión de la tecnología en cada recoveco existencial. Por un lado, experimenta una sensación todopoderosa donde la utilización cotidiana de dispositivos electrónicos facilita la realización de determinadas actividades, a partir de procesos emparentados con el misterio o la magia; por el otro, relega al individuo a formas de infantilización y dependencia con respecto a dichos dispositivos que reactualizan sentimientos de impotencia de momentos originarios. Se cambian una serie de comodidades por diversas dependencias inscriptas en el consumo: “Es la negación de la dependencia la que crea formas de dependencia históricamente inéditas; es la fantasía de omnipotencia la que crea la impotencia” (Jappe, 2019: 158).

Ahora bien, ¿en dónde encuentra Jappe el isomorfismo entre la forma-mercancía y la forma-sujeto? En su vacuidad. Al definir el narcisismo en tanto sentimiento de omnipotencia e indiferencia frente al mundo y los objetos (considerados como proyecciones de la propia individualidad), se establece un paralelismo con el movimiento tautológico y vacío que caracteriza a la reproducción del valor como una necesidad capitalista. La *reductio ad unum* operada por la lógica del Capital para llevar a cabo su propio despliegue, eliminando las particularidades concretas de los objetos y así poder intercambiarlos, es similar a la ausencia de mundo experimentada en el narcisismo secundario, donde el yo no puede observar la objetividad más que como una proyección de sus propias fantasías y donde la intercambiabilidad de las personas se torna patente –de forma inconsciente- a sus ojos. “El valor solo conoce cantidades, no cualidades. La multiplicidad del mundo desaparece frente al siempre-igual del valor de las mercancías producido por la faceta abstracta del trabajo” (Jappe, 2019: 160). En este sentido, el isomorfismo se sostiene en la posibilidad de concebir al narcisismo como la forma subjetiva de la abstracción capitalista y al valor como su faceta objetiva. Sin postular una relación de causa-efecto y evitando la caída en determinismos respecto a la relación entre la materialidad social y la constitución del campo subjetivo, Jappe propone observar ambos aspectos como movimientos necesarios y paralelos para el desarrollo de la modernidad capitalista:

Esta resumida descripción de la lógica del valor permite captar la semejanza con la lógica narcisista. El narcisista (secundario) reproduce esta lógica en su relación con el mundo. La única realidad es su yo, un yo que (casi) no tiene cualidades propias,

porque no se ha enriquecido a través de las relaciones objetuales, de las relaciones con el otro. Al mismo tiempo, ese yo trata de extenderse al mundo entero, de englobarlo y reducirlo a una simple representación de sí mismo, una representación cuyas figuras son inesenciales, pasajeras e intercambiables (Jappe, 2019: 162).

El autor alemán considera la expansión del narcisismo secundario como el resultado del devenir-visible de los rasgos fundamentales (y previamente ocultos) de la forma-sujeto moderna. En *La sociedad autófaga* Jappe realiza un breve recorrido histórico por las filosofías de Descartes, Kant, Sade, Leibniz, Schopenhauer, Hobbes, Locke, etc., para verificar de qué manera el pensamiento moderno, consustancial con el ascenso del capitalismo, constituye diferentes modos de articular –de manera indirecta– formulaciones cercanas a la forma-sujeto narcisista: “La mayor parte de las características del sujeto moderno ya están reunidas en Descartes: solitario y narcisista, incapaz de tener verdaderas “relaciones de objeto” y en permanente antagonismo con el mundo exterior.” (Jappe, 2019: 46) El paradigma narcisista-fetichista no se trata de una modalidad subjetiva novedosa y propia de la fase actual capitalista; por el contrario, el desprendimiento paulatino de la lógica del Capital con respecto a formas de dominio precedentes, posibilita que emerjan los caracteres propios y esenciales de los modos de subjetivación del Capital. Recuperando la definición kantiana, Jappe considera a la forma-sujeto como un *a priori* social que articula y moviliza afectos, vínculos y deseos. Este *a priori*, a diferencia del kantiano, es un producto histórico que no responde a ninguna ontología o destino inevitable. El valor posee para Jappe un carácter bifacético: se constituye como la forma básica de toda relación dentro del sistema capitalista, pero al mismo tiempo opera como una forma de síntesis social en el conjunto. Todo fenómeno contemporáneo se encuentra envuelto en este aspecto totalizante de la forma-valor que posee tanto una cara objetiva expresada en el fetichismo de la mercancía, como una faceta subjetiva sustentada en la forma-sujeto narcisista. Tanto el valor mercantil como la forma-sujeto implican un proceso de abstracción donde todo lo cualitativo queda reducido a un elemento cuantitativo y vacío, que desconoce las particularidades concretas de los objetos y los individuos. Por lo tanto, queda como forma exclusiva de existencia la sentencia mercantil: ser es valer.

Desde nuestra perspectiva, la derivación jappeana desde la forma-valor hacia la forma-sujeto resulta un tanto apresurada, carente de algunas mediaciones que permitirían dar cuenta acerca de los dispositivos y mecanismos por los cuales se

produce el isomorfismo señalado. El salto argumentativo que supone llegar desde la forma-valor hacia el uso de las tecnologías y las patologías contemporáneas nos resulta, por lo menos, abrupto y revela la necesidad de pensar categorías y mediaciones que sean previas al análisis de la micro-física del poder. Por otra parte, observamos en la utilización de algunas categorías psicoanalíticas (inconsciente, narcisismo, etc.) cierto carácter transhistórico que no logra establecer una conexión adecuada entre la emergencia de la modernidad capitalista y la organización psíquica de los individuos. Por momentos, pareciera que la experiencia de lo inconsciente, el narcisismo primario como elemento constitutivo, son productos de una naturaleza humana independiente de los procesos históricos que habilitan y permiten el desarrollo de aquellas categorías que posteriormente Freud “descubre” en el análisis de casos particulares: “Como es obvio, el narcisismo ha existido siempre” (Jappe, 2019: 152). Esta problemática nos resulta paradójica, puesto que Jappe observa de manera muy aguda y con rigurosidad histórica la emergencia de las categorías fundamentales del capitalismo (valor, trabajo, sujeto, etc.), pero no logra establecer en profundidad (o por lo menos no logra hacerlo sin cierta ambigüedad de su parte) el vínculo entre el desarrollo del sistema de producción capitalista y la aparición de los conceptos psicoanalíticos como categorías históricamente conformadas. Creemos que la distinción señalada por el autor alemán entre un narcisismo “primario” (que podría tener un carácter transhistórico) y uno “secundario” (que podría referir a la sociedad capitalista) presenta cierta ambigüedad en su uso, no siendo del todo claro aquellos espacios textuales en los que refiere a uno u a otro. Desde nuestra perspectiva, la utilización de categorías psicoanalíticas supone necesariamente la imposibilidad de referir a ellas por fuera de la lógica social en la que emergen y, por lo tanto, solicitan una rigurosidad y una precisión mayores respecto a la forma en que Jappe se vale de las mismas.

Un diálogo ortopédico

Hemos logrado establecer los rasgos sobresalientes de las filosofías de Anselm Jappe y León Rozitchner, destacando sus conceptos fundamentales, pero también observando las limitaciones que suponen cada una de sus teorizaciones. En este apartado intentaremos encontrar insumos teóricos provenientes de ambas teorías para sortear los obstáculos que destacamos anteriormente, con el objetivo de lograr establecer algunos

postulados que nos permitan enriquecer la teorización tanto del filósofo argentino como del pensador alemán.

Por el lado de Rozitchner, encontramos dos problemáticas al interior del período freudomarxista de su obra: por un lado, una matriz de inteligibilidad falocéntrica heredada del propio psicoanálisis freudiano; y por el otro, una incapacidad para sortear de manera adecuada la crítica a la hipótesis represiva elaborada por Michel Foucault. En este sentido, creemos que la teoría de Jappe nos provee de algunas afirmaciones que nos permitirían reformular las problemáticas señaladas en el autor argentino. En efecto, el autor de *La sociedad autófaga* elabora una distinción en su historización del capitalismo, diferenciando dos momentos en su desarrollo: por un lado, una primera etapa denominada “fase edípica”, correspondiente a un capitalismo clásico y superyoico, en donde el ejercicio represivo del poder resultaba fundamental para articular el vínculo social de dominación; por el otro, una segunda instancia denominada “fase narcisista”, correspondiente al período actual, donde los afectos y la energía sexual que anteriormente resultaban reprimidas, ahora son movilizados hacia la lógica misma de valorización del valor y del propio individuo. Las dos etapas no suponen un corte abrupto y una indiferencia entre ambas, sino que se encuentran en interrelación y subsisten mutuamente. Para el autor alemán, el problema del freudomarxismo del siglo XX fue absolutizar los mecanismos represivos de la “fase edípica” sin lograr comprender el ejercicio plural del poder, producto de una visión unilateral respecto al funcionamiento del mismo. El pasaje de una fase hacia la otra implica el reemplazo de la represión del deseo en estructuras sociales rígidas (familia, masas institucionalizadas, pedagogía estricta, etc.) hacia una movilización del mismo para fines mercantiles. Se trata de un “nuevo paternalismo” (Jappe, 2019: 137) donde la realización de cada individuo (y no su negación) permiten la reproducción del ámbito social:

La identificación del núcleo del capitalismo con las estructuras de autoridad personal y un superyó “edípico” era como poco unilateral y, sin embargo, dicha identificación persiste hoy en muchas cabezas. Desde entonces hemos visto que el sistema mercantil puede funcionar también con una menor dosis de autoritarismo – incluso si este no puede desaparecer del todo– y con estructuras más “líquidas” (Bauman). El verdadero autoritarismo es el del “sujeto automático”: el valor y su lógica fetichista (Jappe, 2019: 133).

La diferenciación que realiza Jappe permite comprender de manera más adecuada la sofisticación existente en los procesos de subjetivación capitalista. Desprendiéndose de las viejas modalidades arcaicas y autoritarias, los imperativos superyoicos de nuestra contemporaneidad apuntan mayoritariamente al goce y la realización de los individuos, antes que a la sumisión frente a exigencias morales relacionadas con el deber, la patria o la religión. En todo caso, el carácter contradictorio de esta exigencia (puesto que el sistema exige a los particulares procesos de autovalorización que constantemente obtura e imposibilita) sería el elemento que intensifica el malestar en los individuos. De esta manera, la teorización de Jappe nos permite desembarazarnos de las problemáticas que se le presentaban a la filosofía de Rozitchner frente a la crítica foucaultiana de la hipótesis represiva, puesto que evita la unilateralidad en el ejercicio del poder y nos habilita a “(...) reconocer que la sexualidad en cuanto tal no tiene nada de revolucionaria” (Jappe, 2019: 132). Por el contrario, el elemento libidinal de la producción social se encuentra sometido de manera compulsiva a la “(...) valorización del valor y el devenir-totalidad de la forma-valor” (Jappe, 2019: 133).

Por otra parte, encontramos en Jappe una comprensión del Edipo que resulta superadora respecto a la interpretación rozitchneriana. Observando los inconvenientes que supone la teorización de Freud al respecto, el autor alemán elabora una “definición mínima” que permite desembarazarse de los compromisos y los inconvenientes que mencionamos en la lectura de Rozitchner:

Sobre el complejo de Edipo se ha debatido hasta el infinito: ¿es universal o no? ¿De qué manera se presenta en la niña? ¿A qué edad se produce? A efectos de nuestro discurso, podemos limitarnos a esta definición mínima: a partir del segundo año, los padres (o el entorno en general) limitan progresivamente la “perversión polimorfa” del niño, es decir, su tendencia espontánea a obtener una satisfacción libidinal, comprometiendo todo su cuerpo, de personas de todas las edades, sexos y parentesco, e incluso de animales y objetos inanimados (Jappe, 2019: 103).

Este tipo de definiciones, si bien pueden resultar un tanto vagas y generales, posibilitan el desarrollo de lecturas que se desprendan de los prejuicios y las inconsistencias provenientes de la elaboración freudiana. Por lo tanto, se habilita una lectura del complejo de Edipo como un procesador de subjetividades adecuadas a una forma cultural específica, en donde se incorporan de forma conflictiva, disputada y fallida una serie de pautas sociales que solicitan de manera contradictoria aquello

mismo que impiden. No se trataría exclusivamente del deseo como un elemento reprimido, sino en todo caso como un factor producido y reconducido por el mismo marco social, operante inclusive de forma pre-individual al advenimiento de los sujetos, en donde el núcleo familiar posee una preeminencia temporal, pero de ninguna forma una preeminencia ontológica con respecto a la constitución subjetiva de los individuos.

Por otro lado, observamos en Jappe un corte abrupto en su intento por derivar desde la forma-mercancía la forma-sujeto capitalista. Desde nuestra perspectiva, el pasaje desde el valor como síntesis social hacia las patologías contemporáneas, los usos de la tecnología y el carácter autodestructivo de los sujetos requieren una serie de mediaciones que no son explicitadas en el planteo del autor alemán. En definitiva, ¿cuáles son los avatares existenciales que padecen los particulares para que se produzca de manera eficaz el isomorfismo señalado por Jappe? ¿Cuáles son los dispositivos y mecanismos que posibilitan el paralelismo?

Creemos que en Rozitchner esta labor hermenéutica, ignorada por el autor alemán, se encuentra presente en la totalidad de su obra. Si algo caracteriza a la filosofía rozitchneriana es que no se contenta con establecer sentencias enigmáticas respecto a la emergencia de la alteridad en el sí-mismo, sino que por el contrario realiza un esfuerzo colosal por explicitar aquellos mecanismos que permiten la colonización del campo individual y la producción de una modalidad subjetiva servil, impotente y reproductora de una lógica social introyectada. Como ya vimos, la propuesta rozitchneriana posee una serie de inconvenientes y carencias que requieren una reformulación para que resulte operativa como teoría acerca de la subjetividad y su constitución. No obstante, desde nuestra perspectiva observamos en la textualidad de Rozitchner la posibilidad de desarrollar una reinterpretación de sus nociones fundamentales que habiliten una comprensión depurada en su filosofía. Creemos que negando la interpretación individualista y etapista del complejo de Edipo y acentuando su carácter generacional, es posible otorgar cifras de inteligibilidad diversas a los problemas señalados anteriormente. Rechazar la lectura del Edipo como un duelo hipotético y fantaseado en cierto momento del desarrollo existencial de los individuos, supone necesariamente recuperar el enfrentamiento que el autor argentino desarrolla contra el estructuralismo francés. Desde nuestra perspectiva, existen elementos al interior de la obra de Louis Althusser que permitirían evitar algunos inconvenientes presentes en la lectura de Rozitchner. En su clásico artículo *Freud y Lacan* (1996) [1964] el autor francés esboza

un retorno al padre del psicoanálisis mediado por la teoría lacaniana. Dicho retorno caracteriza dos momentos en el desarrollo existencial de todo ser humano: un primer momento pre-edípico (ligado a lo imaginario en términos lacanianos) y un segundo momento del Edipo propiamente dicho (depurado de determinismos biologicistas o anatómicos) como modo de acceso al orden simbólico. Lo relevante para nuestra reinterpretación, es que la caracterización althusseriana comprende que los dos momentos mencionados se encuentran “dominados, regidos y marcados” (Althusser, 1996: 40) por la Ley del orden simbólico:

Donde una lectura superficial o guiada de Freud no veía más que la infancia feliz y sin leyes, el paraíso de la “perversidad polimorfa”, una especie de estado salvaje escandido únicamente por etapas de aspecto biológico, sujetas a la primacía funcional de tal parte del cuerpo humano, lugares de necesidades “vitales” (oral, anal, genital), Lacan muestra la eficacia del Orden, de la Ley, que acecha desde antes de su nacimiento a todo ser humano, y se apodera de él desde su primer grito, para asignarle su lugar y su papel, por lo tanto su destino forzoso. Todas las etapas superadas por el pequeño ser humano lo son bajo el reino de la Ley, del código de asignación, de comunicación y de no comunicación humanas; sus “satisfacciones” llevan en sí mismas la marca indeleble y constituyente de la Ley, de la pretensión de la Ley humana, que como cualquier ley no es “ignorada” por nadie, sobre todo por sus ignorantes, pero puede ser evitada o violada por cada uno sobre todo por sus más puros fieles (Althusser, 1996: 41).

No nos interesa discutir en qué medida el predominio que le otorga Althusser al orden simbólico por sobre lo imaginario resulta una interpretación adecuada de la teoría del propio Lacan. Lo que nos importa remarcar es que más allá de la dialéctica discutida por Rozitchner en la obra de Althusser acerca de los alcances y las predominancias que tiene lo objetivo por sobre lo subjetivo, resulta interesante la forma en que el autor francés caracteriza al discurso del Otro (Ley, Orden, normatividad) como discurso del inconsciente. Si nuestra intención es rechazar la lectura etapista del Edipo para comprenderlo como un procesador de subjetividades que opera desde la preeminencia ontológica del lenguaje y el orden simbólico, creemos necesario incorporar algunos insumos teóricos que el propio Rozitchner desestima de forma un tanto apresurada. Este desplazamiento supone necesariamente abandonar la idea de una instancia superyoica introyectada, para prestar especial atención a la forma en que el individuo se encuentra arrojado (inclusive de forma previa a su propia existencia) a la interrelación con un

super-otro. De esta manera, se evitan herencias falocéntricas y analogías fallidas provenientes de la comprensión psicoanalítica freudiana en la formación del superyó, y se nos permite acentuar la fuerza del sistema que nos produce en tanto adecuados a sus propios fines, puesto que la idea de un super-otro remite directamente a la lógica del Capital como relación social que nos constituye.

A partir de este desplazamiento, se puede recuperar la noción de transacción utilizada por Rozitchner para desarrollar una línea de lectura fructífera en relación con el isomorfismo propuesto por Jappe. Observando la forma en que los imperativos de autovalorización se verifican en cada individuo como modalidad exclusiva de ser, podemos repensar desde una matriz jappeana-rozitchneriana el lugar contradictorio de satisfacción y malestar que produce nuestra adecuación al sistema. Y, por lo tanto, desplegar la crítica del sistema de producción capitalista a partir del intento por desarticular la igualdad entre el ser y el valer que habita en cada individuo.

Conclusión

Nuestra intención de poner en diálogo las teorías de Anselm Jappe y León Rozitchner acerca de la subjetividad nos permitió observar de qué manera ambos pensamientos operan desde la impugnación al capitalismo y la persistente preocupación por la capacidad de forjar una acción colectiva que desarrolle una transformación radical del ordenamiento social. En efecto, ambos autores (en el caso de Jappe de manera explícita, y en el de Rozitchner de forma implícita) conciben la noción de sujeto como una categoría crítico-negativa, donde su postulación y su análisis aparecen con la intención de lograr desmontar dicha modalidad subjetiva en sus límites narcisistas, para así anexarla a una práctica colectiva. No existe en ninguno de los autores vistos elementos nostálgicos que lamenten el declive de la forma-sujeto; por el contrario, ambos sostienen que, en la posibilidad de visualizar los puntos ciegos de la constitución subjetiva, y en la capacidad para desembarazarse de ella reside el potencial emancipatorio de las prácticas humanas:

Si el fetichismo no es exterior a los sujetos y si la forma-fetichismo es la forma-sujeto misma, entonces no se puede movilizar a los sujetos en cuanto sujetos contra el orden económico y político que los contiene. Cada cual ejecuta las leyes de la competencia y, en el contexto de una sociedad capitalista, ni siquiera los obreros de una fábrica autogestionada podrían hacer otra cosa que ejecutar las leyes del

mercado. Hay que emanciparse más bien de las formas sociales autonomizadas y fetichistas, comenzando por la propia constitución psíquica narcisista (Jappe, 2019: 296).

La labor desarrollada en este trabajo lejos se encuentra de ser una tarea finalizada. Por el contrario, meramente se trata de un puntapié para una línea de investigación a desarrollar en un futuro cercano, que nos permita profundizar y complejizar las intuiciones filosóficas esbozadas durante este recorrido. Como un primer acercamiento hemos definido las coordenadas conceptuales fundamentales en las filosofías de León Rozitchner y Anselm Jappe, al mismo tiempo que intentamos señalar algunas problemáticas presentes en su escritura. Luego del análisis realizado, sostenemos que en la intersección de ambos pensamientos habita la posibilidad de elaborar una conceptualización sumamente enriquecedora para la conjunción del psicoanálisis y el marxismo, así como también para toda teoría crítica sobre el ordenamiento social.

Bibliografía

- Acha, O. (2018). *Encrucijadas de psicoanálisis y marxismo: ensayos sobre la abstracción social*. Buenos Aires: Teseo.
- Acha, O. (2015). León Rozitchner en debate con el psicoanálisis: de la historicidad del sujeto y el origen. En *León Rozitchner: contra la servidumbre voluntaria*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Althusser, L. (1996) [1964]. Freud y Lacan. En *Escritos sobre psicoanálisis*. Madrid: Siglo XXI editores.
- Drucaroff, E. (2016). *Otro Logos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Drucaroff, E. (2018). Leer sin sumisión. *Aportes del pensamiento crítico latinoamericano*, (5), Buenos Aires, 6-27.
- Exposto, E. (2015). Sujeto y capitalismo en la obra de León Rozitchner. *Cuaderno de Materiales*, (27), 65-86.
- Foucault, M. (2007) [1976]. *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Foucault, M. (2011) [1975]. *Los anormales*. Buenos Aires: FCE.
- Freud, S. (1991) [1932]. 33° Conferencia: *La Femenidad en Obras Completas*, V. 22. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Jappe, A. (2016) [2003]. *Las aventuras de la mercancía*. La Rioja: Pepitas ed.
- Jappe, A. (2019) [2017]. *La sociedad autófaga. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*. La Rioja: Pepitas ed.
- Maiso, J. y Maura, E. (2014). Crítica de la economía política, más allá del marxismo tradicional: Moise Postone y Robert Kurz. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, (50), 269-284.
- Martín, F. (2019). *El marxismo como teoría crítica de la Modernidad*. Medellín: Editorial C.E.C.H.
- Rozitchner, L. (2003) [1982]. *Freud y el problema del poder*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Rozitchner, L. (2013) [1972]. *Freud y los límites del individualismo burgués*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

- Volnovich, J. C. (2015). Acerca de Freud y los límites del individualismo burgués. En *León Rozitchner: contra la servidumbre voluntaria*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional.